

## Introducción

Es necesario escribir la historia política del activismo en defensa de los derechos de la personas lesbianas, gays (o *gais* como en ocasiones aparece representando en la literatura y prensa en castellano), transexuales y bisexuales (LGTB). Es necesario conocer quiénes fueron los y las activistas que vierten energías, depositan esperanzas y, a menudo, contribuyen a cambios sociales y culturales de calado. Es necesario comprender en qué medida las decisiones que tomaron eran consecuencia del entorno en el que vivían o si, por el contrario, respondían a sus convicciones ideológicas. Y es necesario hacer comparaciones, relacionar las experiencias cercanas con las de otros países que, quizás, sirvieron de modelo para el aprendizaje y la emulación. Las historias activistas son elementos centrales al desarrollo de los sistemas políticos; el activismo, bien tome la forma de organizaciones, plataformas, asambleas, asociaciones o colectivos formalmente deslindados de partidos políticos y sindicatos, bien como redes de personas conectadas a través de Internet, emerge como ese recurso indispensable para la canalización de emociones y demandas que difícilmente encontrarían acomodo de otra manera. Así lo entendieron los primeros observadores de los movimientos sociales norteamericanos allá por la década de los años setenta del siglo anterior, autores que querían dar sentido al movimiento por los derechos civiles o al feminismo radical norteamericano, por ejemplo, en una teorización sobre el significado de la protesta política que sigue siendo válida medio siglo después.

Este libro redescubre una de estas historias, quizás una de las más interesantes, pero también una de las más desconocidas. Aquí se va a explicar la construcción de la identidad política del movimiento de lesbianas, gays, bisexuales y transexuales tal y como la conocemos en la actualidad, no solamente en España, sino prácticamente en todas las democracias occidentales. Se va a escribir sobre las decisiones estratégicas de diferentes generaciones de activistas en su interacción con el Estado y la comunidad política, sobre las ideas que les inspiraban y sobre el mundo que prefiguraban. La apuesta es, además, por la inserción de esta historia activista en los parámetros teóri-

cos de la sociología. Existen ya multitud de narraciones de corte histórico, ensayista o autobiográfico sobre varios de los temas que vamos a tratar aquí, muchos de ellos verdaderamente excelentes. Destacados activistas han escrito *su* versión de la historia, con narraciones muy sugestivas que son de vital importancia para el investigador. Jordi Petit, Empar Pineda, Armand de Fluvià, Beatriz Gimeno, el recientemente fallecido Pedro Zerolo, el también fallecido Shangay Lilly, entre otros muchos, han publicado libros, artículos o han proporcionado el material para escritos que complementan el abordaje histórico de destacados trabajos de fácil acceso para el público en general. Ningún lector interesado en esta parcela de nuestra historia debería así esquivar la lectura del conjunto de testimonios agrupados por Juan Antonio Herrero Brasas en su «Primera plana», donde los y las protagonistas de esta narración afrontan su propia historia en primera persona (Herrero Brasas, 2006). Faltan, sin embargo, esfuerzos por *explicar*, por comparar, y, por lo tanto, para situar la historia de los y las activistas ‘gay’ españoles en un esfuerzo más general por comprender globalmente el significado y las consecuencias del activismo en la conformación y desarrollo de la sociedad española. La sociología, a través principalmente de la teoría de los movimientos sociales y la protesta política, permite dar sentido a acontecimientos fundamentales para colaborar en teorías que pueden ser de aplicación a casos similares. Aquí vamos a manejar una considerable cantidad de información, mucha de ella no publicada hasta ahora. Pero el mérito de libro, si tiene alguno, estribará en encajar una rica narración histórica en modelos de explicaciones que, por un lado, sirvan para dar sentido a esta propia narración y, por el otro, ayuden a mejorar nuestro conocimiento teórico sobre los movimientos sociales, la acción colectiva y la protesta en las sociedades democráticas.

Los movimientos sociales cambian, y desde luego el movimiento de gays y lesbianas también. En realidad, como veremos más adelante en el libro, la propia evolución de la terminología que empleamos para referirnos a este movimiento social es síntoma de una transformación en una forma de activismo que ha ganado en visibilidad, complejidad, diversidad interna y alcance político. En un momento clave, un periodo que podríamos situar entre los años 1986 y 1997, el movimiento español de lesbianas y gays cambió de una manera muy profunda, con una trascendencia que muchas de las crónicas ya publicadas tienden a pasar por alto. Estos son los años que se estudian con más detenimiento en este libro. Se operó entonces un cambio generacional que reclamaría a esta forma de activismo como elemento central de la comunidad política (*polity* en inglés). Ideas pragmáticas, que unos tildarían de reformistas, otros de moderadas, y otros de acomodaticias llenaron el espacio ocupado hasta la fecha exclusivamente por el ánimo revolucionario. Vamos a pensar en estos años con mucha atención, en realidad les vamos a dedicar el corazón del libro (los capítulos V y VI). Y es que una vez comprendido el proceso que desde el capítulo I será presentado como la *incorporación política*, no resultará nada difícil entender el papel que hoy desempeña

el activismo lésbico y gay en una sociedad como la española, este activismo que hoy convencionalmente denominamos lésbico, gay, bisexual, transexual, intersexual y hasta *queer*. La presencia de un activismo fuerte, cohesionado, pero también alejado del radicalismo es condición necesaria para la mejora en el estatus legal, y social, de las personas homosexuales. Este movimiento social se ha convertido en un proveedor privilegiado de recursos políticos, electorales y culturales para los partidos políticos de izquierda en España. No es esta una idea abstracta acuñada por sociólogos desconectados de la realidad del activismo. La acertada crónica de Emilio de Benito sobre el proceso que llevó a la legalización del matrimonio civil entre personas del mismo sexo está trufada de declaraciones de activistas que enfatizan su papel educador de políticos susceptibles de ser convencidos (De Benito, 2015). Se han establecido alianzas duraderas entre los partidos políticos de izquierda y el activismo lésbico y gay que han posibilitado reformas tan sonadas como la legalización del matrimonio civil, definitivamente puesta en marcha con la Ley 13/2005, de 1 de julio, por la que se modifica el Código Civil en materia de derecho a contraer matrimonio.

En España el movimiento de lesbianas y gais es parte activa de la política, está *incorporado políticamente*. El libro presenta este proceso de manera teórica en su capítulo II y lo describe con cierta minuciosidad en los capítulos III y IV. Este movimiento social es interlocutor del Estado en todos sus niveles, presenta demandas que son consideradas legítimas y las persigue a través de formas de movilización y con la elaboración de un discurso político que son también vistos como aceptables, o al menos como *legítimos*, incluso por sus potenciales antagonistas. En la línea de tantos activismos en otros países, se ha evolucionado en España hacia un modelo de integración absoluta en la política convencional, un esquema general de funcionamiento construido, no sin tensiones, en torno a varios elementos: (1) la alianza simbólica con el conjunto de la población homosexual; (2) la alianza operativa y estratégica con los gestores de la escena comercial para gais (mucho menos para lesbianas); (3) la apuesta general por la visibilización; (4) la diversificación interna con la ampliación del margen de actuación política del activismo hacia terrenos no abordados inicialmente, como es, por ejemplo, la situación legal, económica y social de las personas transexuales; (5) y, finalmente, la cooperación con las fuerzas políticas progresistas. Unas alianzas que se nutren también del peso simbólico, económico y cultural de las políticas de reconquista de espacios urbanos. Aprovechando la ocasión de las celebraciones del «orgullo», las banderas arco iris inundaron los balcones de Ayuntamientos, Diputaciones y Gobiernos Autonómicos en junio de 2015. Una súbita ola de apoyo simbólico inspiró gestos hasta entonces inauditos por parte de Corporaciones gobernadas hasta por el Partido Popular. Como se pudo leer, por ejemplo, en la edición de 27 de junio de 2015 de la *Gaceta de Salamanca*, «es la primera vez que en el balcón del Ayuntamiento salmantino ondea la bandera arcoíris, después de que, en ocasiones anteriores, se intentara sin éxito. Fue el 27 de junio de 2007 cuando el balcón del

grupo municipal socialista amaneció con la bandera multicolor, a lo que el entonces alcalde, Julián Lanzarote, reaccionó ordenando a la Policía Local su retirada».<sup>1</sup>

El libro, quizás sea necesario advertir, no persigue explicar el éxito del activismo de lesbianas y gays en España, o al menos no es este su principal cometido. Se escribirá sobre la legalización del matrimonio igualitario y sobre otras conquistas legales. Se tendrán en mente discriminaciones que hoy sobreviven en la legislación, particularmente aquellas relacionadas con los derechos sexuales reproductivos de las mujeres lesbianas. Sus derechos se han visto particularmente amenazados por políticas recientes impulsadas por los Gobiernos presididos por Mariano Rajoy que, disfrazadas de medidas austeras en lo económico, representan en verdad un intento por redefinir los parámetros sobre los que se quiere fijar la ciudadanía social tanto para las minorías/colectivos homosexuales como para la sociedad en su conjunto. La adecuada explicación de estos cambios/ausencias legales, sin embargo, no es la preocupación prioritaria de este libro, entre otras razones por ser estas cuestiones ya abordadas en otros trabajos (véase, por ejemplo, Calvo, 2014 y 2016). Sabemos ya, por ejemplo, que la necesidad de nuevos referentes políticos lleva a determinados políticos a aliarse con aquellos movimientos que *estén dispuestos a jugar el juego político*. Los políticos muy a menudo conectan con sus futuros votantes a través de proyectos ideológicos expresivos, que prefiguran un mundo mejor para grandes grupos anteriormente discriminados. José Luis Rodríguez Zapatero, por ejemplo, valoraba «mucho la importancia de los gestos políticos como estilo de gobernar, y no se queda corto a la hora de utilizarlos como pedagogía» (Aizpeolea, 2004: 49). La legalización del matrimonio homosexual representaba para los Gobiernos socialistas un gesto de definición, una estrategia para presentar un proyecto ideológico que insistiría en las diferencias entre este partido y su principal rival político (en un contexto en el que era muy difícil diferenciarse sobre la base de políticas económicas o territoriales).

La cuestión a recordar, y explicar, sin embargo, es que los símbolos a menudo tienen dueño, son propiedad en muchos casos de movimientos sociales cuya afinidad hay que cultivar y sin cuya colaboración resultaría artificial para los partidos políticos desplegar determinadas banderas. Más que explicar el éxito de esta u otras reformas legales, este libro se va a detener en una cuestión previa y menos explorada por la literatura especializada, que problematiza la disposición de algunos movimientos sociales para jugar el juego de la política convencional. No todos los movimientos sociales son, pueden ser, o quieren ser, proveedores de ideas políticas. Este libro quiere saber por qué se opta por la incorporación. Estar dentro de la *polis* es una decisión que el activismo ha de tomar, a veces conscientemente, a veces no, y que inevitablemente es el resultado de tensiones y conflictos internos. Es una decisión que afecta a

---

<sup>1</sup> *La Gazeta de Salamanca*, 27 de junio de 2015: <http://www.lagacetadesalamanca.es/salamanca/2015/06/27/bandera-orgullo-gay-regresa-balcon-ayuntamiento-8-anos-despues/147579.html>.

demandas, a formas de protestar, a formas de razonar. Es una decisión que la sociología ha de abordar para una mejor comprensión de cómo, cuándo y con qué consecuencias los movimientos sociales cambian y evolucionan. La apuesta del libro es por conectar el proceso de incorporación con el proceso de renovación de las generaciones políticas del activismo. Podríamos identificar tres grandes generaciones políticas de activistas LGTB en España en el periodo comprendido entre 1975 y 2005. La primera generación, la de los militantes por la liberación, nació a partir de las ideas y propuestas de corte revolucionario y radical incubados durante la década de los años setenta del siglo anterior. Fue esta una generación longeva, que permanecería activa hasta bien entrada la década de los años noventa. La década de los años ochenta, sin embargo, alumbraría a una generación distinta, la de los activistas gay y lesbianos; esta segunda generación convertiría al activismo en la forma de acción y comunicación política y social que conocemos en la actualidad. Es una generación política a la que con el tiempo se incorporarían nuevos activistas, de diferentes edades y procedencias, pero cuya incorporación no representaría necesariamente un desafío a los modos de organización, estrategia y discurso del activismo lesbiano y gay. La tercera generación es la generación del activismo diverso, la generación política resultante de un entorno de franca equiparación legal, donde la igualdad se da por descontada y donde, por lo tanto, el caminar del activismo ha de orientarse hacia otras y muy diversas cuestiones, relacionadas con la experiencia cultural y persona, la interseccionalidad y la redefinición de las relaciones entre la comunidad LGTB y la sociedad en su conjunto.

Prestar especial atención al momento de la *incorporación política* llevará desgraciadamente a no prestar la debida consideración a otras cuestiones igualmente relevantes. En particular son tres las cuestiones de indiscutible actualidad sobre las que habrá de pasar sin la necesaria calma. Está, en primer lugar, la recuperación del activismo de corte radical ligado a las experiencias *transfeministas*. Todas las formas de activismo albergan un alma radical cuyo valor reside precisamente en cuestionar las exclusiones y las renuncias que suelen ser la consecuencia de procesos de moderación e incorporación política. En el caso del movimiento de lesbianas y gais esta alma radical ha tomado sucesivas encarnaciones, como veremos en los capítulos III y IV. La más reciente supone una apuesta decidida por la hibridación entre el postfeminismo, la teoría *queer*, y otros discursos de corte contestatario. El impulso a la idea de *transfeminismo* como marco de movilización y discusión se produjo en las Jornadas Feministas organizadas en diciembre de 2009, en Granada. El transfeminismo « nombra un espacio transfronterizo habitado por diferentes sujetos para quienes las categorías clásicas de hombre o mujer se quedan estrechas, sin espacio para quienes no se adaptan a la norma » (Gil y Orozco, 2010). El examen pormenorizado de las iniciativas activistas y el pensamiento teórico de corte transfeminista escapa a las posibilidades de este libro y se remite, qué remedio, a la literatura reciente sobre la cuestión, en particular los trabajos de Ziga (2009) y Solá (2013). En segundo lugar, un libro sobre activismo

acabará inevitablemente descuidando a las personas no activistas, a sus vidas, a sus familias, a su sexualidad y a las maneras que tienen de encarar su encaje social. No es este, por lo tanto, un libro que pueda acercarse adecuadamente a las profundas transformaciones en las vidas cotidianas de la gente, ni tampoco a las plasmaciones de estas transformaciones en espacios urbanos que están desarrollando versiones muy extremas del capitalismo comercial. Quizás el trabajo reciente de Shangay Lilly (2016) sobre la cada vez más compleja y problemática relación entre activismo, vidas cotidianas y comercialización del espacio urbano pueda compensar en parte estas carencias. Por último, este libro no podrá nunca reconocer, testimoniar y mencionar el conjunto de iniciativas, decisiones, conflictos y acontecimientos que, por fortuna, confirman la presencia de los temas políticos vinculados con la orientación sexual en todos los niveles de gobierno y en todas las coordenadas geográficas del país, pero que en su detalle acabarían desviando la atención de lo que se propone como argumento principal. El libro se escora ciertamente hacia el pasado más inmediato, y no tanto hacia el presente más rabioso: es una decisión que solamente responde a las preguntas de investigación que se abordan aquí y que no descansa en ningún otro tipo de decisión subjetiva sobre la relevancia, contribución o prestigio de organizaciones o activistas.

Este libro es heredero del trabajo que realicé para mi tesis doctoral, que defendí en la Universidad de Essex hace ya algunos años. Escribí aquella tesis doctoral gracias al apoyo financiero del entonces Instituto Juan March de Estudios e Investigaciones y al programa de becas en el exterior del Gobierno vasco. Fueron grandes oportunidades que me permitieron trabajar en una investigación poco convencional para la sociología española de aquellos años y además en uno de los grandes departamentos de sociología del mundo, el de la Universidad de Essex. Tanto esta tesis como mi reputación como sociólogo, si es que poseo alguna, le deben mucho a Yasemin Soysal, la directora de mi tesis doctoral. Sus inteligentes comentarios, sus consejos rigurosos y sus inamovibles fechas de entrega fueron enormemente beneficiosas durante aquel proyecto. Naturalmente, su supervisión y su implicación no evitaron que cometiera muchos errores, cuya responsabilidad es solo mía. Más allá de sus valiosos consejos académicos, vino en mi ayuda cuando necesitaba un fuerte apoyo institucional, y por lo tanto he quedado en deuda con ella para siempre. Aproveché también los comentarios, consejos y críticas de muchas personas, entre las que no quiero dejar de mencionar a Celia Valiente, Ken Plummer, Jan Willen Duyvendak y Gracia Trujillo. No me olvido de la ayuda prestada por Emilio Gómez Zeto, Jordi Petit, José Ramón Montero y Paloma Aguilar a la hora de dar sentido a los datos. Estoy en deuda en muchos sentidos con José Ramón, con quien he desarrollado una larga relación de amistad y colaboración, de la que me siento particularmente orgulloso. También estoy agradecido a aquellos que me ayudaron durante el proceso de recopilación de datos: Ricardo Llamas, Beatriz Gimeno, Miguel Brox, Roger Revilla, Emilio Gimé-

nez Zeto, Ramón Adell, Fernando Villaamil, Xabi de Ballaguer, Jordi Petit, Oscar Guasch y Miguel Ángel Fernández. Debo expresar mi gratitud hacia todos aquellos que entrevisté y que compartieron su tiempo y sus recuerdos conmigo. Gracias a Dolors Renau, Eugeni Rodríguez, Armand de Fluvià, Jordi Petit, Xabi Tort, Daniel Gabarró, Miguel Ángel Fernández, Miguel Ángel Sánchez, Juan Vicente Aliaga, Pedro Moreno, Luis Aguado, Alejandro Mora, Empar Pineda, Miguel Cordero, Jordi Pedret, Carles Campuzano, Pedro Zerolo, Beatriz Gimeno, Boti G. Rodrigo, Matilde Fernández, Cristina Alberdi y Liborio del Hierro.

Quiero agradecer especialmente a Eloísa del Pino, por su confianza y aliento para que le hincara el diente a la tesis y escribiera un libro, que espero sea mucho más digerible y entretenido. Espero no decepcionar con el resultado. Sería desconsiderado no reconocer la ayuda prestada por instituciones que financiaron mis investigaciones postdoctorales, claves para poder seguir investigando sobre derechos, activismo e igualdad. Guardo un recuerdo especial, entre ellas, del Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, que gracias a su programa García Pelayo me brindó la mejor oportunidad de mi carrera para investigar y publicar. Escribo estas palabras como miembro del Departamento de Sociología y Comunicación de la Universidad de Salamanca, donde verdaderamente me siento como en casa. Mi agradecimiento en particular a Ester Hernández Bejarano, por todo en realidad, pero en particular por su ayuda con los detalles finales del manuscrito.

Dediqué mi tesis doctoral a Salva, quien sigue siendo una de las personas más importantes de mi vida. Seguro que no se enfada si extiendo esta dedicatoria ahora a Chema, mi pareja y anclaje con el mundo, y también a mi familia, mi madre y mi hermano, que aún parecen soportarme. Tenemos una perra, *Carmen*, a la que, por qué no, podemos dedicar este libro también.

Salamanca, 24 de febrero de 2017